

SERMON

PREDICADO EN LA FIESTA DE LA BORDADITA
EL DIA 8 DE OCTUBRE DE 1922

*Factus est in pace locus ejus et habitatio
ejus in Sion—Fijó su morada en la paz y
su tabernáculo en Sión.*

Salmo 75, v. 3.

Ilmo. y Rvdmo. señor obispo (1), Ilmo. y Rvdmo.
señor Rector; venerable claustro; amados hermanos
en N. S. J.:

Nárranos el sagrado libro del Génesis que después
de la prevaricación del primer hombre, creció en tal
medida la malicia de los mortales que Dios, como
arrepentido de su obra, quiso ejercer su justicia en-
viando un castigo tremendo sobre sus rebeldes criaturas.
«Haré llover sobre la tierra, dice Jehová, por espacio
de cuarenta días y cuarenta noches y exterminaré de
la superficie del planeta todas las criaturas animadas
que hice» (2). «El día fijado por Dios, continúa Moisés,
rompiéronse todos los diques del grande abismo de los
mares y se abrieron las cataratas de los cielos y entonces
vino el diluvio y crecieron las aguas y lo inundaron
todo y llegaron a cubrir hasta los más empinados montes
que existen debajo del cielo y todo cuanto en la tierra
tiene aliento de la vida, todo pereció» (3). Horrenda
catástrofe! consecuencia fatal de la alevosía del hombre
que osó desafiar el poder de su Hacedor.

Sin embargo, sobre la inmensidad de las aguas,
flota una nave, asilo de ventura en medio del pavoroso

(1) El Ilmo. señor Soler y Royo, vicario apostólico de la
Goagira.

(2) Gen. VII-4.

(3) Gen. VII-10 sgs.



conflicto, rincón sagrado donde yace escondido el destronado rey de la creación, cofre bendito que encierra el precioso tesoro de la vida!

El día señalado por Dios, ciérranse los manantiales del abismo y los torrentes del cielo se calman, se atajan las lluvias y se van retirando las aguas, ondeando y retrocediendo, y el arca se reposa por fin sobre los montes de Armenia (1). Mirad cómo de repente se abre la ventanilla del arca y una blanca paloma parte en presuroso vuelo y al cabo de unas horas regresa trayendo en el pico un ramo de olivo con las hojas verdes. Llenáanse de júbilo los moradores del arca; reina ya la bonanza; es la paz que asienta sus reales sobre las ruinas de la humanidad deshecha.

Calmado Dios, dice a Noé y a los suyos: «Sabed que yo voy a establecer mi pacto con vosotros y con vuestra descendencia y cuando yo cubriere el cielo de nubes, aparecerá en ellas mi arco señal de la alianza que establezco con vosotros por generaciones sempiternas» (2).

Este pasaje de la Biblia, ¿qué otra cosa es, hermanos míos, sino la más acabada figura de lo acaecido al hombre en el orden moral?

En los mismos jardines del Edén inicióse con el pecado una contienda entre la criatura rebelde y la divinidad ofendida; abrió entonces sus fauces el negro abismo de la maldad, rompiéronse los diques de todas las concupiscencias, desencadenáronse los torrentes de la idolatría y subió hasta el cielo el oleaje de la soberbia; al empuje arrollador de las ondas de la lujuria cayeron por tierra los que parecían fuertes como cedros del Líbano e inmovibles como las columnas del templo de Sión, y subieron las aguas turbias del pecado

(1) Gen. VIII, 2 et sgs.

(2) Gen. IX, 9, 14.

hasta cubrir las más altas cimas morales. De otra parte abriéronse también las cataratas del cielo indignado y descendió sobre los mortales una lluvia copiosa de castigos; escucháronse los truenos del Sinaí, viéronse los relámpagos de la espada de fuego del ángel exterminador, bramó el huracán de la justicia divina y desatóronse los rayos de la ira de Jehová. Por espacio de cuarenta siglos se mantiene este singular conflicto; sin embargo..... *Spiritus Dei ferebatur super aquas* (1). Como en la aurora de los tiempos el Espíritu de Dios se mueve ahora sobre estas aguas turbulentas. Suspendida entre el cielo y la tierra, interpuesta entre el torrente de la justicia divina y el océano de las maldades humanas, flota una arca salvadora: la infinita misericordia del Señor: alcázar del Rey de las alturas y cofre también donde se oculta el precioso tesoro de una nueva vida para el desventurado naufrago del más universal de los diluvios.

Ha sonado por fin la hora postrera de la lucha; ábrese el arca de la misericordia, y el Noé celestial deja escapar una paloma inmaculada, una mujer más pura que los ángeles, que no sabiendo dónde posar su pie virginal porque el fango recubre el suelo todavía, se deja envolver por una aura celestial y después de presentar al beso del Espíritu Santo su inmaculada frente, vuelve al arca que yace asentada sobre los montes sempiternos, llevando, no en su boca sino en su mismo seno, al Verbo de Dios hecho hombre, verdadero olivo de paz colmado de verdes ramos de esperanza, no símbolo de un pacto, sino alianza real e inquebrantable.

¡Nivea paloma del paraíso, María Inmaculada! puedes ya colocarte como verdadero iris de paz entre el cielo y la tierra y podemos ya los hombres, llenos

(1) Gen. 1, 2.

de júbilo, volver hacia Ti nuestros ojos y decirte:
Regina pacis, ora pro nobis.

Pretendo hoy, hermanos míos, ayudado de la gracia divina, examinar el título de Reina de la Paz con que la Iglesia invoca a la Santísima Virgen María. Estudiaremos en primer lugar los fundamentos de ese dictado y veremos en seguida qué relaciones existen entre ese título glorioso de Nuestra Señora y la solemnidad que hoy celebra esta casa.

Dígnese la misericordiosa BORDADITA poner en mi lengua una gota siquiera del néctar que mana de sus labios virginales y prender en mi pecho una chispa al menos del fuego que arde en su amoroso corazón a fin de que yo pueda cantar sus alabanzas en este venturoso día, de manera tal que no aje las delicadas flores que adornan la diadema de su gloria.

Dice San Agustín en su admirable libro *De la ciudad de Dios* que es tan grande el bien de la paz que aun en las cosas terrenas y mortales no solemos oír cosa de mayor gusto, ni desear algo más agradable, ni finalmente hallar nada mejor (1). «La paz de todas las cosas, agrega el mismo doctor, es la tranquilidad del orden, y el orden no es más que una disposición de las cosas iguales y desiguales que da a cada una su lugar» (2).

Y para que entendiéramos mejor esa tranquilidad del orden en cada uno de los seres físicos o morales, prosigue: «La paz del cuerpo es la ordenada modificación y templanza de las partes. La paz del alma irracional, la ordenada quietud de sus apetitos. La paz del alma racional, la ordenada conformidad y concordia de la parte

(1) L. XIX, c. XI.

(2) Ib. c. XIII.

contemplativa y de la activa. La paz del cuerpo y del alma la ordenada vida y salud del animal. La paz de la casa la ordenada concordia que tienen en el mandar y obedecer los que viven juntos. La paz de la ciudad la ordenada concordia que tienen los ciudadanos y vecinos en el mandar y obedecer. La paz de la ciudad celestial, la ordenadísima y concordísima compañía para gozar de Dios y unos de otros en Dios. Y por fin, la paz del hombre mortal y Dios inmortal, la ordenada obediencia en la fe debajo de la ley eterna» (1).

Pues si tan apreciable es cualquiera de las clases de paz enumeradas, ¿qué decir, hermanos míos, de la última, de aquella que es la tranquilidad del orden entre nosotros y Dios?

Pero a medida que aumenta un bien es mayor el mal que su pérdida implica. Por este motivo podemos apreciar la magnitud de la desgracia de esa perturbación del orden entre la criatura racional y su Hacedor, guerra alevosa declarada por el primer pecado y continuada por las culpas de todos los mortales.

En el mismo instante, sin embargo, en que la Divinidad empuña las armas de su justicia para salir a la defensa de su dignidad ultrajada, se deja vislumbrar en lontananza, entre los siniestros fulgores de la tormenta que se avecina, una visión llena de hechizos y mensajera de esperanza, una mujer de la estirpe del ofensor sin la ignominia de la culpa, con un hijo de sus entrañas virginales, de la real prosapia del ofendido.

A fin de que la singular contienda empeñada entre los hombres y Dios pudiera tener remate venturoso, es decir, a fin de que la paz llegara a asentar su trono donde imperaba la tiranía de la guerra, era necesario que los dos términos antagónicos se viniesen el uno

(1) Ib. c. XIII.

hacia el otro, no ya con intenciones de exterminio, sino para confundirse en estrecho abrazo de reconciliación y dar el ofensor reparación condigna al ofendido y abrir éste al culpable los amorosos brazos del perdón. ¡Doblemos la rodilla, oh cristianos! *Verbum caro factum est*. Ha unido el Verbo a su naturaleza divina, en unidad de persona, nuestra misma naturaleza. Ya podemos cantar con los ángeles: «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz a los hombres de buena voluntad,» y exclamar con el apóstol San Pablo: *Pacem habemus ad Deum per Jesum Christum*. Pero ¿en dónde se han dado ese abrazo indisoluble, Dios y la criatura humana?

Cuando se celebra entre los hombres un tratado de paz, se elige un sitio augusto para el encuentro de los plenipotenciarios y para la firma del valioso documento; célebres son en los anales de la historia ciertos palacios y salas en cuyo recinto se han estrechado las manos dos antiguos contendores. Esos mudos testigos de tan solemnes actos llevan ante la posteridad como un timbre de gloria, el nombre de palacios y salas de la paz. También para sellar el pacto de reconciliación entre Dios y el hombre, se fabricaron ambos un alcázar, lo enriquecieron con los más preciosos tesoros, lo engalanaron con los más suntuosos atavíos que uno y otro pudo darle. Pero ese palacio no debía ser testigo mudo e inerte del acto trascendental que en él iba a verificarse; sino que debía ser testigo vivo y aun factor importantísimo del mismo abrazo de reconciliación. Pronunciamos por fin su nombre augusto: *Incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*, nos dice el Símbolo de nuestra fe. En el seno virginal de María se encarnó el Verbo, por obra y gracia del Espíritu Santo. ¡Hé ahí el templo vivo donde se firmó la paz entre Dios y los hombres!

Cabe aquí sin embargo preguntar por qué eligió el Señor a la mujer como instrumento para restablecer la tranquilidad del orden entre Dios y nuestra naturaleza decaída. A esta pregunta responde Tertuliano con una expresión que parece atrevida pero que en realidad tiene tanta verdad como belleza: *Deus imaginem suam a diabolo captam aemule operatione recuperavit*. Y explica su pensamiento con estas palabras: «En Eva, virgen aún, penetró el verbo causativo de la muerte; en una virgen también debía introducirse el Verbo edificatorio de la vida, a fin de que el género humano obtuviera su salud por el mismo sexo que lo había llevado a la perdición» (1).

Al comparar el principio de la lucha con el comienzo de la paz, exclama Bossuet: «¡Oh gran Dios! qué abundancia de misericordia y qué motivos de esperanza se multiplican ante nuestros ojos. Jesucristo es el nuevo Adán y María la nueva Eva. Todo concurre a este gran designio de la bondad divina. Un ángel de las tinieblas interviene en nuestra caída y Dios destina un ángel de la luz para que intervenga en nuestra reparación. El ángel de las tinieblas habla a Eva y ésta escucha al tentador y le obedece; y el ángel de la luz habla a María y Ella también escucha al ángel de la salvación y le obedece. La pérdida del género humano que debía consumarse en Adán comienza por Eva; y la libertad del hombre que debía realizarse en Jesucristo, tiene su principio en María» (2).

Pero he dicho antes que Nuestra Señora no sólo fue santuario vivo de la paz, sino factor también e importantísimo en la realización del mismo pacto. Porque, como muy bien advierten los teólogos, el concurso prestado por la Santísima Virgen al nacimiento del Salva-

(1) *De carne Cristi*, cap. 17.

(2) *Elévations sur les mystères* (8ème-Semeine. 3ème Elév.)

dor del mundo, no consistió solamente en la física concepción del Hijo de Dios, sino de manera muy particular en los actos propiamente humanos con que Nuestra Señora aceptó la maternidad del Verbo, puesto que para misión tan sublime no quiso el Altísimo buscar un instrumento meramente pasivo sino libre y voluntario. No sin razón advierte el Evangelio que se esperó de la Santísima Virgen el fiel consentimiento de su voluntad a la de Dios, como condición sin la cual no habría de realizarse la Encarnación. Así lo entendió también Nuestra Señora, como nos lo dice el verbo *fiat*, empleado por Ella para responder al ángel. Por el mismo motivo los santos padres aseguran que *Maria prius mente concepit quam corpore*, concibió al Verbo eterno de Dios primero en su mente y después en su seno.

Cooperó Ella, por tanto, al restablecimiento de la paz, de dos maneras importantísimas: consintiendo libremente en ser la Madre del Rey Pacífico, y presentando al Espíritu Santo lo más precioso de su sangre virginal para la formación del cuerpo de Cristo, cuerpo que debía ser inmolado para sellar la alianza sempiterna.

Isaías había predicho que el Salvador del mundo sería el Príncipe de la paz (1); y el profeta Miqueas había ido más adelante, asegurando que Jesucristo sería la misma paz: *et erit iste pax* (2).

¿Cómo llamaremos entonces a esa mujer divina que mereció ser elegida por Dios Madre del Rey de la paz? ¿Qué título apropiado le daremos a la que contribuyó con su mente y con su voluntad, con su carne y con su sangre, con el jugo de su pecho y con el néctar de su corazón, a la misma hechura del tratado vivo de paz? ¿Cómo habremos de apellidar a la que

(1) Isaí. IX, 6.

(2) Mich. V, 5.

custodió ese pacto en su mismo seno, durante nueve meses y al cabo de ellos dio por fin al mundo al que es la paz verdadera? Ah! hermanos, aunando nuestras voces con la plegaria ingenua de las catacumbas, y el último lamento de los mártires, con el canto de victoria de los cruzados y los gritos de triunfo de Constantino y Carlo Magno, de Fernando de España y de Sobiesky, de Guillermo el conquistador y Juan de Austria, con las notas aladas de Dante y de Petrarca, con los amorosos deliquios de san Bernardo y de santa Teresa, con las flechas escapadas del corazón de san Anselmo y san Buenaventura, con las ardientes preces de san León y san Pío V, con las súplicas henchidas de esperanza Pío IX y Benedicto XV, y por fin con el coro armonioso de veinte siglos cristianos, la llamaremos «Estrella precursora de nuestra reconciliación con Dios,» «Iris de concordia sempiterna,» «Osculo divino de la paz y la justicia,» «Sede y Trono de la Nueva Alianza,» «Señora y Madre y Reina de la paz.»

Recibió Nuestra Señora la diadema de esta inmortal realeza cuando consintió en ser la cooperadora de Dios en la grande obra de la Encarnación del Verbo. Pero María debía ser también la compañera de ese Dios hecho hombre en la consumación de su obra redentora, y fue entonces cuando recibió la consagración como Reina de la paz. Porque es costumbre consagrar a los reyes ungiéndolos con óleo, el «llanto del olivo» como lo apellidó el poeta, y Nuestra Señora que llevó en su seno al verdadero Olivo de Paz, fue ungiada también como Reina en la cumbre del Calvario, con su copioso llanto, jugo emanado de los divinos olivares de sus ojos. Esas lágrimas fueron gotas de sangre de su mismo corazón; por eso dijo Arnaldo de Chartres que el sacrificio de la cruz fue ofrecido igualmente por Jesús y por María: *Ambo pariter offerebant; ille in sanguine*

carnis, astit haec in sanguine cordis (1). Por último esta Reina entró triunfalmente a su palacio de los cielos y como nueva Betsabé sentóse en su trono de gloria a la derecha de su Hijo, el eterno Salomón, *astitit regina a dextris tuis* (2); y desde allí contempla sus dominios y sus súbditos, no limitados aquéllos por fronteras deslesnables e incontables aquestos como las arenas del océano.

Veinte siglos cuenta ya este pacífico reinado de María, reinado que no tendrá fin jamás, porque al decir del profeta Isaías: *pacis non erit finis* (3).

Restablecida la tranquilidad del orden entre nuestra naturaleza decaída y Dios Creador, quedábale a esta Reina otra misión sublime, semejante a la ejercida por los emperadores romanos con su pueblo, pero infinitamente superior, la de alimentar a cada uno de sus súbditos con el fruto del árbol de la vida, fruto que da al hombre, según la expresión de Cornelio a Lápidi: *Pacem trinam et plenam, scilicet pacem cum Deo, pacem cum proximis et pacem cum conscientia* (4). En otras palabras la Reina de la Paz se esfuerza por obtener en los hombres todos y en cada uno de ellos el reinado pleno de su Hijo, de tal suerte que cada uno, en el pequeño cosmos de su sér, erija un trono donde tenga su asiento perenne Jesucristo. De esta manera únicamente podrá encontrar el hombre la ordenada concordia de sus partes, que no es otra cosa que aquella

*pace che il mondo irride
me che rapir non può* (5).

(1) Liber de Laud. B. M. V., l. 279.

(2) Salmo 44-v. 11.

(3) Isai. IX, 7.

(4) Corn. in Mich. ad c. V.

(5) Manzoni--*La Pentecoste*.

Con razón dice el comentarista de la Escritura antes citado: «¿Quiéres tener paz con Dios, con tu alma y con tus semejantes? Córre en busca de Cristo que es nuestra paz. *Pacem a pace posce. Cristum in mente tua defige et pacem defixisti*. ¿Deseas tener un indicio por el cual puedas saber ciertamente si Cristo habita en tu alma? Observa si tienes paz en la conciencia. Si la tienes, entonces en tu alma habita y reina el autor y el príncipe de la paz; si no la tienes, entonces Cristo está ausente de tu alma, porque así como no se concibe un sol sin luz, un fuego sin calor, un rey sin reino, así tampoco puede concebirse a Cristo sin la paz, dado que *in pace factus est locus ejus* (1).

Se esfuerza también Nuestra Señora en hacer que reine su Hijo en el hogar doméstico porque sólo así podrán obtener los que viven en familia la ordenada concordia en el mandar y obedecer, tesoro que supera todas las riquezas de la tierra.

Por último, según enseña la ética, el fin próximo y adecuado de la sociedad civil es el bien público de la paz y la prosperidad. A obtener este fin acude también nuestra celeste Reina. Y por eso cuando se desencadena en el mundo el vendabal terrible de la guerra, los ojos de todos los cristianos se vuelven instintivamente hacia María, recordándole su título augusto de Reina de la Paz.

II

Pero podríais ahora preguntarme: ¿qué relación tiene este título glorioso de la Virgen con la festividad que hoy celebra este claustro?

El nombre de Jerusalem, hermanos míos, es interpretado por San Agustín: «Visión de paz.» Pues bien,

(1) Ps. LXXV, 3.



hé ahí, que para orgullo de Colombia levantó Dios en el corazón de nuestra Patria una nueva Jerusalem para que fuese la Visión de paz de la República. Esa *Civitas Magna* es el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Sus puertas seculares ostentan como las de la Jerusalem espiritual, en la visión grandiosa de Tobías, zafiros y esmeraldas, *Portae Jerusalem ex sapphiro et smaragdo* (1); y sus muros relucen también con amatistas y rubíes, berilos y topacios: *Ex lapide pretioso circuitus murorum* (2). Esas piedras preciosas con que se engalana son las normas sapientísimas que le trazó su fundador, el noble espíritu que le infundió, y el constante batallar de tres centurias por dar al mundo dignos hijos de Colombia la grande; esas piedras preciosas son también las coronas ganadas por sus sabios en la palestra de la ciencia, los laureles conquistados por sus vates en olímpicos torneos y las ciclópeas hazañas realizadas por sus héroes en los campos de batalla.

De esta nueva Sión han salido peritos de la ley y defensores del derecho, apóstoles de la verdad y ministros de Jesucristo: *De Sion exhibit lex et verbum Domini de Jerusalem* (3).

De este manantial han brotado en sus mejores días las aguas puras de la filosofía cristiana que después se han derramado en raudales y han ido a fertilizar todos los ámbitos de la República. *Exibunt aquae vivae de Jerusalem* (4).

Madre ha sido de varones perínclitos, prez y orgullo de la Patria, que han pasado a la posteridad vestidos con el tisú de oro de la gloria. *Filli Sion inclyti et amicti auro primo* (5). Este claustro venerando fue también cuna de nuestra libertad, fragua de titánicas empresas, casa solariega de nuestros próceres, prisión

(1) Tob. XIII, 21.

(2) id.

(3) Isaias, II, 3.

(4) Zac. XIV, 8.

(5) Thren. IV, 2.

obligada de nuestros mártires y antecámara de la inmortalidad. Esta Jerusalem libertadora y libre, tiene un Tasso vivo que canta la epopeya de progenie en progenie, es la huella de sangre que lleva impresa en sus muros venerandos, como timbre de honor y blasón de su escudo, sangre de hijos suyos vertida en el cadalso para comprar la libertad de un continente. *Effuderunt sanguinem eorum in circuitu Jerusalem* (1).

Esta nueva Sión ha llevado en su seno y ha alimentado con la leche de sus doctrinas a más de diez generaciones. Sus hijos vienen en busca suya desde las más apartadas comarcas; *Filii tui de longe venient* (2). Merece ella por tanto un himno de loor semejante al entonado por Isaías cuando vio en lontananza las grandezas de su ciudad: «Levántate, oh Jerusalem! y llénate de luz. Tiende tu vista en rededor tuyo y mira: todos éstos se han congregado para venir a ti. Tus puertas no estarán jamás cerradas sino siempre abiertas para que puedas recibir a toda hora la mejor riqueza de los pueblos. A ti vendrán y se te postrarán de hinojos los hijos de aquellos que te abatieron y besarán las huellas de tus pies los que enantes te insultaban y te llamarán la ciudad donde habita el Santo del Señor. Entonces te verás en la abundancia y se admirará y ensanchará tu corazón. A ti vendrá lo más precioso del Líbano y el abeto y el box y el pino para servir todos juntos al adorno del santuario y se cubrirá de gloria el lugar donde el Señor coloque el Arca de la Alianza» (3).

Miradlo..... es éste el templo de la nueva Sión, víctima como el salomónico de tremendos cataclismos y como aquél restaurado y notablemente embellecido. De él podría también decir el Señor: La gloria de este nuevo templo será grande y habrá de superar la del primero; *et in loco isto dabo pacem*, y en este lugar daré

(1) Ps. LXXVIII, 3.

(2) Isai. LX, 4.

(3) Isai. LX.



yo la paz (1). Si, es menester que aquí tenga la paz su morada porque este recinto guarda también el arca de la nueva alianza, la dulce Bordadita, la Reina del santísimo rosario, iris de paz de este Colegio, relicario de sus más antiguas tradiciones, manantial de sus más puras alegrías, meta del amor más ferviente de sus hijos, testigo secular de sus luchas y corona de sus triunfos, musa inspiradora de sus cantos, Señora de sus pensamientos y centro de sus corazones y sus almas. *Elegi Jerusalem ut sit nomen meum in ea* (2). He elegido esta Jerusalén, puede decir Nuestra Señora del Rosario, para darle mi nombre que ha de ser su orgullo en todas las edades.

Tiene aquí, pues, su trono la Reina de la Paz, y por eso no debe causarnos maravilla el que la tranquilidad del orden sea como connatural en esta casa. El puro ambiente que en sus claustros se respira está impregnado de paz; sus constituciones tienden de manera especialísima a formar una familia cuyo distintivo sea la ordenada concordia en el mandar y obedecer de los que en ella vivan. No es extraño, por tanto, el que aquí no encuentren eco las voces de revuelta, azás en boga en nuestros días, y al ver en cambio las relaciones amistosas que existen entre los superiores y alumnos en este claustro.

A quien tiene hoy, desde hace ya más de seis lustros, el gobierno de esta casa, puede aplicarse el elogio que se encuentra en el libro de los Proverbios: *Os suum aperuit sapientiae et lex clementiae in lingua ejus*. Abre su boca con sabios discursos y la ley de la bondad gobierna sus palabras (3).

El lema del Instituto: *Nova et vetera*, proclama la armonía que aquí reina entre lo antiguo y lo moderno, entre las venerables tradiciones, herencia de una

(1) Agg. II, 10.

(2) Paralip. VI, 6.

(3) Prov. XXXI, 26.

época remota y las reformas saludables, caudal adquirido por los hombres de estos últimos tiempos.

La misma contextura del edificio es emblema de concordia, puesto que conserva todo el tinte colonial y reúne al mismo tiempo todas las comodidades de un moderno plantel de educación.

El arzobispo fundador consignó en las constituciones del Instituto, como indispensable condición para vestir la beca, que el postulante acreditase nobleza hereditaria; y es cosa singular que fueran los nobles educados en este plantel los mismos que fundaron más tarde la libertad republicana (1).

Pero entre todas las manifestaciones de la paz y la armonía que aquí imperan ninguna igual a esta bendita imagen de Nuestra Señora. Porque ella fue bordada por una reina de España y recibió el homenaje de oidores y virreyes, y vio postrados a sus pies a los súbditos de Carlos III y de Fernando VII.

Pero ella fue también la voz de aliento de nuestra emancipación y continúa siendo en el seno de una democracia objeto de veneración y de cariño para los que afortunadamente no tenemos más Rey que Jesucristo.

Nobles hijos del Colegio del Rosario: si vuestros antecesores fueron los cruzados de la libertad, a vosotros toca ahora ser los paladines del orden en Colombia. Libertad y orden; hé ahí las dos palabras que ostenta el escudo de la Patria. Libertad y orden: hé ahí cuál debe ser el lema de todo buen rosarista. No olvidéis nunca, os diré con San Pablo, que todos vosotros sois hijos de la luz y no de las tinieblas (2) *Veritas liberabit vos*, la verdad os hará libres (3), ha dicho Jesucristo. Recordad siempre que la verdadera libertad no consiste en el desconocimiento de la autoridad legítima sino en el mutuo respeto de todos los derechos.

(1) *Crónicas de Bogotá*, I, 170--Ibáñez. Gutiérrez Ponce, «Crónicas de mi hogar», *Papel Periódico Ilustrado*, II, 326.

(2) 1 Thes. V, 5.

(3) Joan. VIII, 32.

Al abandonar esta casa, solar de vuestra juventud, decidle a la nueva Sion, como David a la suya: «Seca quede mi diestra y entregada al olvido; si me olvidase yo de tí, oh Jerusalem. Péguese al paladar mi lengua si no me acordare de tus enseñanzas y si no te tuviese por el primer objeto de mis alegrías» (1).

Ha dicho con justicia un ilustre compatriota nuestro que en el momento actual en que vivimos los minutos se cuentan por horas y los años por siglos. En estos instantes, pues, de trascendental importancia para nuestro país reclama la Patria el concurso de la juventud. Dád-selo vosotros ampliamente, propendiendo por el afianzamiento de la paz, base indispensable para el desarrollo y la sólida grandeza de una nación civilizada. Trabajad porque se cumplan por fin los anhelos del Libertador moribundo; haced que cesen para siempre las estériles luchas fratricidas y que depongan sus rastreras armas el insulto y la calumnia; llevad nueva y purificadora savia al organismo nacional; consolidad la unión de todos los que anhelan el bien y la prosperidad de la República. Que la Iglesia vuestra Madre tenga siempre en vosotros sus más ardientes defensores y sus más fieles hijos, y que el Jefe del Estado y Patrono del Colegio encuentre siempre en vosotros los colaboradores más decididos en toda labor de perfeccionamiento intelectual, moral y material del país. No olvidéis sin embargo, que no está aquí la meta de nuestros destinos sino que vamos peregrinando en busca de otra patria, la Jerusalem eterna de los cielos.

Oh Reina de la paz, «gloria de esta Jerusalem y honor de nuestro pueblo» (2), permite que de ti me despida con el real Profeta: «Tú serás como vid llena de fruto en el recinto de tu casa y tus hijos como pim-

(1) Ps. CXXXVI, 5 y 6.

(2) Judit. XV, 10.

pollos de olivo estarán al rededor de tu mesa. Bendígate el Señor desde Sión para que contemples los bienes de Jerusalem y veas a los hijos de tus hijos, y tu paz en Israel» (1).

JORGE MURCIA RIAÑO

LA DOCTRINA ESCOLASTICA DEL LIBRE ALBEDRIO

(Continuación)

La filosofía escolástica, inspirada por el genio de Aristóteles, no acepta la libertad humana como un postulado, como un primer principio ni como un imperativo *a priori*, sino como una verdad deducida del estudio experimental del hombre.

Como esta filosofía no solamente es experimental sino también intelectual, las conclusiones a que llega en el asunto del libre albedrío y más ampliamente de la voluntad las pone en contacto real y fecundo con las leyes morales, leyes reales como que tienen su fundamento objetivo en la naturaleza racional del hombre. En esta proyección o influencia de la psicología sobre lo moral se encuentra una muy notable diferencia entre los que seguimos la doctrina de santo Tomás y los que profesan en otras escuelas que, como la psicologista de Bergson, aceptan el libre albedrío, pero que rechazan por ilusorio el procedimiento seguido por la inteligencia para alcanzar algún conocimiento científico. No sabemos cómo Bergson y los de su escuela puedan constituir una ciencia moral con un principio psicológico que siempre supera y rebasa a la inteligencia.

Se ha dicho y repetido mucho que la ciencia antigua era conceptual o genérica: que cuando encontraba una cosa nueva luchaba por encuadrarla en uno de los

(1) Ps. CXXVII, 3, et, sgts.